

3- Gorges de L'Allier: St Julien des Chazes, Prades, Monistrol d'Allier, Lac du Bouchet, Pradelles. En el Loire: Arlempdes, Puy en Velay, Polignac, St-Vidal. En L'Allier: Langeac, Chilhac.

Gorges de L'Allier



Al pie de la ciudad de St-Arcons-d'Allier, y asomado al puente, tuve el primer contacto con este magnífico río. Con 421 km de longitud, el Allier es uno de los ríos más largos de Francia y también uno de los menos conocidos, considerado uno de los últimos ríos salvajes de Europa.

Desde su origen, en el sur del Macizo Central en las estribaciones del Lozere y próximo a Mende, el Allier continúa hacia el norte atravesando Auvernia hasta su confluencia con el Loira. En su recorrido atraviesa las gargantas del mismo nombre, un cañón excavado por el río, en un entorno pintoresco y frondoso de paisajes diversos y jalonados por preciosos pueblos. En este relato primero remontare el río hacia el sur para dejarlo en Monistrol y después de una corta ruta, visitando el incipiente río Loira, lo volveré a encontrar en Langeac. Siguiendo su ruta, con escapadas a pueblos y valles en ambas riberas, me acompañara a Clermont Ferrand.

Otra forma original de descubrir este magnífico territorio, es coger el tren turístico de las gargantas del Allier, que va desde Langeac en Alto Loira, hasta Langogne en Lozère. Su espectacular trayecto se aventura en zonas en las que el coche no puede penetrar y ofrece unas vistas magníficas, a veces en el flanco de la pared, sobre un río impetuoso fluyendo a través de un caos de rocas de basalto y ofreciendo hermosas vistas de valles arbolados o de pueblos que se hallan en el curso del río. En el recorrido de las gargantas solo hay tres estaciones, Monistrol que visitare por carretera, Alleyras y Chapeauroux en el Lozere.

ST-JULIERN DES CHAZES



Desde St-Arcons-d'Allier recorrí la margen derecha del Allier, para en St-Julien des Chazes cruzar a la margen izquierda. Me detuve un momento sobre el puente para contemplar el río, que parecía quieto en una postal fija en la que el único movimiento lo provocaban las canoas multicolores que descendían suavemente por la corriente.

St Julien des Auzes parecía surgir de la propia tierra, como si formase parte de la naturaleza. La carretera atravesaba una población de unas pocas casas antiguas, con callejones llenos de flores silvestres, prados anegados por las aguas del Allier y pequeños cultivos. Aquí comenzaría a recorrer el tramo de las gargantas por una calzada pequeña, que en gran parte sigue el curso del río, atravesando estrechos puentes y un par de túneles de ferrocarril. La ruta era sinuosa, con vistas al río, y la capilla Ste Marie des Chazes se vislumbraba con romanticismo en la otra margen sobre una roca a 30 peldaños de altura. Algunas kayak habían hecho un alto para disfrutar de este delicioso lugar.







PRADES



Recorría serpenteando los circos del Allier, a través del espectáculo de la belleza del verde valle, con la ventanilla bajada para que la cálida brisa acariciase mi rostro y me envolviera con el aroma de la naturaleza. La vista panorámica se extendía por los anchos terrenos de la orilla del Allier y más allá, al otro lado, aparecían las colinas alfombradas de prados y foresta a lo lejos. En aquel paisaje obtenía para la vida una firme y equilibrada serenidad, ya que todo parecía risueño y brillante a la luz de aquella tarde de estío.

Prades está agradablemente situada a una altitud de 550 metros dominando el valle y enclavada en el corazón de un circo natural excepcional, en la confluencia del río Allier y el Seuge, con una arquitectura encantadora y bien preservada. Un lugar privilegiado por su aislamiento en un entorno tranquilo y salvaje, sin tráfico y pocas multitudes, con una población de 60 personas a las que en época estival se les añaden unos pocos turistas.









El meandro del Allier creaba una laguna fascinante; una especie de gran piscina natural en la que los bancos de arena, sobre una pequeña península, eran ideales para esparcir la toalla y tomar el sol, disfrutar de sus suaves orillas al borde del agua o nadar en las frescas aguas del susurrante Allier. Me senté sobre la caliente arena, al borde del río, y contemplé la gran roca que se erguía en la orilla de enfrente. Una pared vertical e inexpugnable que en la antigüedad fue el emplazamiento de un castillo, hoy inexistente.

Descansé el cuerpo y relajé la mente paseando con los pies en el agua y al final, sentado en la playa, comí escuchando los borboteos del río. Las pocas voces alegres de los niños, que disfrutaban del lugar, repiqueteaban en el eco de las paredes del recodo del Allier.

La naturaleza entre roca, agua y vegetación ofrecía un panorama excepcional; era un sueño de paz rural en un lugar donde caminar, disfrutar del entorno y conocer las calles del pequeño pueblo. Lamentablemente, en este tesoro perdido en la campiña, la pernocta de autocaravanas estaba solo permitida en el camping.





MONISTROL-D'ALLIER



Abandoné Prades cruzando el puente que atraviesa el Allier, justo al pie de la gran roca del castillo. Hasta Prades la carretera circulaba próxima al río, pero en este punto las gargantas se convertían en profundas, salvajes y transitables solo por los senderos pedestres; la ruta remontaba la parte superior de las gargantas, por su margen derecha, dominando el valle. La vista panorámica de la llanura de Prades, protegida por montañas relativamente bajas y bosques, era una inmersión total en la naturaleza fascinante, vivificante y misteriosa. La carretera estaba desierta y solo aquí y allá aparecían dispersas pequeñas y antiguas granjas y no había nada que impidiese la visión del esplendido horizonte.

Monistrol aparecía en la otra orilla y estaba resguardado por una barrera rocosa y boscosa que formaba parte de la trinchera de las gargantas. Plantado, sobre las gargantas del Allier, había un puente de metal que permitía admirar la vista que me ofrecía de la zanja que producía el río y las casas que se aferraban a su ladera dominando el valle. El pueblo era discreto en su construcción, pero el lugar era magnífico. Era tarde para continuar el viaje y regrese a la cercana Sauges a pasar la noche en su área de autocaravanas.







LAC DU BOUCHET



A la mañana el sol volvió a emerger con toda su fuerza y, regresando por la misma carretera, volví a Monistrol para continuar la ruta que me llevaría al Lac du Bouchet. Pasado el Allier comencé a ganar altura y apareció la imagen de la vistosa St Didier D'Allier, que se eleva a 875 metros encaramada en un espolón rocoso, con vistas al excepcional desfiladero del Allier. Paré un momento para contemplar la pintoresca imagen de la iglesia y la gran mole de un edificio, parecido a un castillo, que de hecho fue una gran casa burguesa y hoy un monasterio. St Didier d'Allier fue utilizado por los primeros peregrinos a Compostela y aun hoy es la primera parada de los caminantes que recorren la Vía Podiensis, que comienza en el Puy en Velay.

El viaje continuaba sobre una alta meseta, a más de 1000 m de altitud, y por pequeñas carreteras rodeadas de bosques y desvíos. Llevaba las coordenadas del parquin (posibilidad de pernocta) 44.90410-003.79253, lo que me permitió alcanzar el lugar por un laberinto de pequeñas carreteras.





Me adentré en la gran selva verde y llegué a un espacio descubierto, en medio había un lago. Un círculo de agua espejeante y todo estaba tan silencioso e inmóvil como si se tratara de un cuadro. El lago dibujaba una curva suave hasta convertirse en un círculo perfecto y dispuestos a la perfección, sobre sus orillas, crecían pinos y otras coníferas de aspecto imponente. Allí reinaba la luz del día y el sol proyectaba en las aguas la oscura sombra del reflejo del bosque; imágenes invertidas de un horizonte de verdor donde el aire que se respiraba era fresco y agradable mezclado con un perfume penetrante y delicioso a pino y tierra húmeda.

Situado a 1205 m de altitud y con una profundidad de 23 metros, el lago ocupa el fondo de un cráter cuya formación fue el resultado de una explosión volcánica hace 800.000 años. Un sendero, bajo los pinos y salpicado de bancos, permite recorrerlo en 45 minutos contemplando el hermoso y placido paisaje. La calidad del agua, que se renueva sin cesar de una forma misteriosa, y la presencia de una playa lo hacen adecuado para nadar rodeado de este enclave natural bien conservado.

Eché un último vistazo al lago y a los bosques de pinos verdes que descendían hacia el lago y abandonando estas pequeñas carreteras busqué la vía más rápida dirección a la bella Pradelles.



PRADELLES



Estacioné en el área de autocaravanas 44.77570-003.88762, era un lugar ruidoso al lado de una carretera muy transitada y abandonando a pie, este escandaloso lugar, enseguida me encontré caminando por calles vacías de gente y me alegré del silencio que reinaba en la población. Pradelles me pareció un pequeño pueblo encantador.

El recorrido terminó junto a una pequeña plaza, empedrada he inclinada, dominada por una fuente en la que borboteaba alegremente el agua y unas casas que se hallaban sumidas en el silencio. Cuando llegué a la fuente, que estaba desierta, permanecí en el centro dando vueltas fijándome en las casas que a primera hora de la mañana lucían todos sus colores. Eran realmente bellas con sus fachadas desiguales de saledizos y viguerías en tejados, contraventanas de madera, pórticos y arcadas de estilo románico en los bajos. Con pasos sigilosos me adentraba en el laberinto de calles sinuosas, estrechas y claramente medievales, que conducían a la puerta fortificada de sus murallas. Callejones que escondían edificios con caracteres defensivos.







Por las callejas adyacentes las fachadas se mostraban con todo su singular atractivo que aun sin ser obras artísticas maravillosas los albañiles, utilizando firmes y pesadas piedras, habían creado una unidad arquitectónica de pueblo de ensueño perdido entre dos mundos. Desde un jardín contemplaba unas vistas panorámicas del valle de Allier y el lago de Naussac.

Con la categoría de los pueblos más bellos de Francia esta antigua fortaleza, con una ubicación perfecta para proteger a sus habitantes, situada entre las gargantas del Loira y las del Allier y en la encrucijada del Haute Loire, Lozère y Ardèche, ocupaba un lugar privilegiado en el paso de Auvernia al Languedoc; por lo cual conserva el testimonio de esta época de gran prosperidad con una arquitectura con muros de piedra y pórticos, altas fachadas y edificios del sXVI. A su patrimonio muy rico, y con numerosos edificios inscritos como monumentos históricos, se le suman sus puertas fortificadas de épocas en la que la villa estaba cerrada y amurallada. Próxima a esta villa se encuentra la población de Langogne, la que anteriormente comentaba como inicio del recorrido en tren de les Gorges d'Allier.







ARLEMPDES



Saliendo de Pradelles, y de vuelta por el mismo camino, cogí la carretera al Puy en Velay para seguidamente desviarme por angostas, pequeñas y sinuosas carreteras entre campos de cultivos, granjas, prados y bosques de tupidas hojas. El pueblo de Arlempdes, con una espectacular vista que me ofreció una curva de la carretera, se recortaba de manera imprevista, altiva, rodeada de murallas y la maciza torre de la iglesia. La clara luz de Julio dejaba al descubierto este lugar de postal lleno de encanto atemporal. Una verdadera joya encaramada en un pico volcánico rodeado por un meandro de las gargantas del Loira.

Nuevamente me sonaba la música de esa alegre serenidad, en otro pueblo y en un sitio, que ofrecía una hermosa vista rodeada de un paisaje salvaje. El valle lo atraviesa el arroyo susurrante, de un jovencísimo Loira, y las ruinas del castillo sobre el pitón rocoso de 100 metros de altura que parecía agarrarse al acantilado.

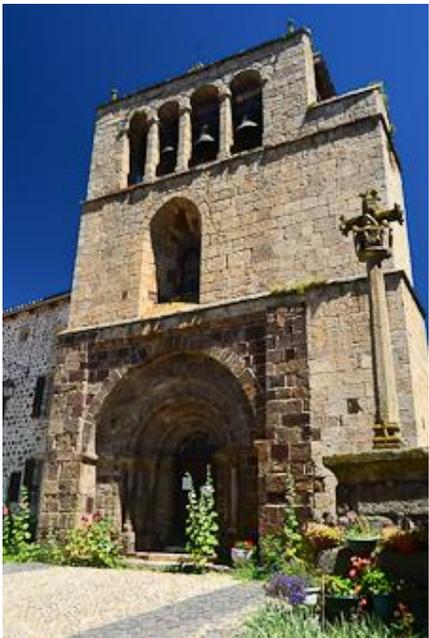




El sol estaba alto y el lugar vacío, el brillo cegaba los ojos, era totalmente romántico y entrar en él era una maravilla. A pesar de que había partes de éste todavía sin restaurar, permanecía conservado en su aspecto original medieval de un modo que sorprendía, y todavía más al contemplar la plaza y la arcaica iglesia de San Pedro, un edificio románico del s.12 con un gran campanario de cuatro arcos. El camino que conducía a las ruinas murallas era empinado, entre flores, piedra y hierba. Sobre el adoquinado descansaban el césped de las casas y decoraciones de antiguas herramientas de labranza. Eran las 2 de la tarde y después de comer me aproximé a las orillas del Loira donde permanecí, sentado sobre una playa de guijarros, deleitándome con el sonido del agua y la extraña imagen de un Loira salvaje y su primer castillo.

Clasificado entre los pueblos más bellos de Francia, Arlempdes es una antigua ciudad medieval cerca de las fuentes del Loira y ubicada en un hermoso entorno verde. El pueblo se desarrolló alrededor de una antigua fortaleza de los s.11 al 13, construida exclusivamente con fines militares, y considerada inexpugnable. Este castillo, hoy totalmente en ruinas, todavía permite descubrir una muralla, una torre circular y restos de una casa señorial. La capilla de Saint-Jacques del s.12 ha sido recientemente renovada. En la plaza de la iglesia de San Pedro destacaba el portal occidental con cuatro columnas y una monumental cruz de piedra del s.15.







LE PUY EN VELAY



Entré en Le Puy en Velay por la zona más moderna, con mucho tráfico, atascos y parquímetros. Había un área de autocaravanas en 45.05042-003.88392, al pie de la roca D'Aiguilhe, con baños públicos y cerca del camping, agua en la gasolinera y supermercado. Muy tranquila y céntrica ya que se encuentra en la zona histórica a visitar.

Era una tarde tórrida y sol brillaba como un disco de metal fundido en el cielo; el aire parecía líquido caliente y sentía que el bochorno me cortaba la respiración y empañaba la mirada. Después de pasar por la oficina de turismo, y dejando atrás tiendas baratas de souvenirs, con rapidez encaminé mis pasos hacia el centro histórico tomando como referencia la gran estatua roja de Notre Dame de France, que se levantaba contra el cielo azul. El intrincado laberinto de callejuelas, claramente medievales, que conducían a la "ciudad santa" constituían el meollo de Le Puy y estos viejos callejones se me antojaban tan desordenados como maravillosos.





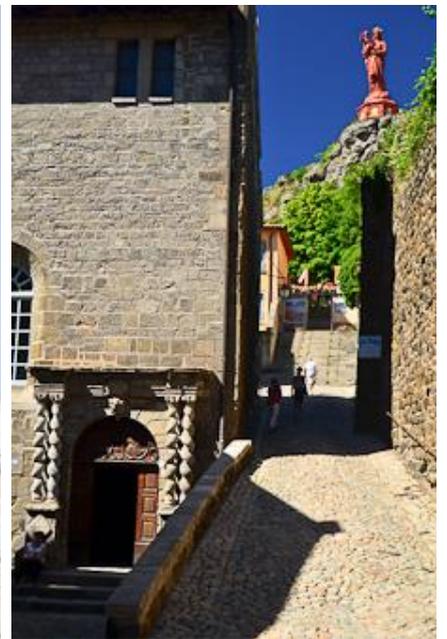


La villa baja agrupaba antiguas casas de tejas rojas con fachadas de piedra o pintadas de tonos pasteles y callejuelas estrechas que se cruzaban con otras y que subían en fuerte pendiente entre restos de antiguas fortificaciones a la ciudad episcopal. En la ciudad religiosa es donde se hallan los edificios eclesiásticos, junto con algunas espléndidas mansiones del s.19, que conformaban una pequeña e independiente “Ville Sainte”. Las callejuelas más estrechas y oscuras, entre los palacios y las casas, daban una mejor protección bajo el sol ardiente.

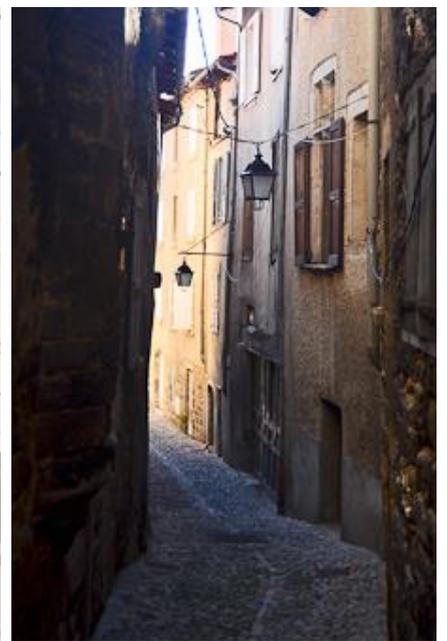
La catedral, punto central del casco antiguo y la confluencia de todos los viajeros, se llegaba pasando la empinada secuencia de calles y escalinatas que configuran esta población. Era de estilo bizantino, decorada con bandas alternas de piedra clara y oscura y rematada por una serie de pequeñas cúpulas. Unos dorados retazos de frescos sirven de introducción a la iglesia, oscura y tenebrosa a causa de la piedra volcánica de la que está hecha. Del interior no podía contemplar nada, ya que había luz poca luz, y la mucha gente y sus canticos me hacían pensar que era la hora de la misa.











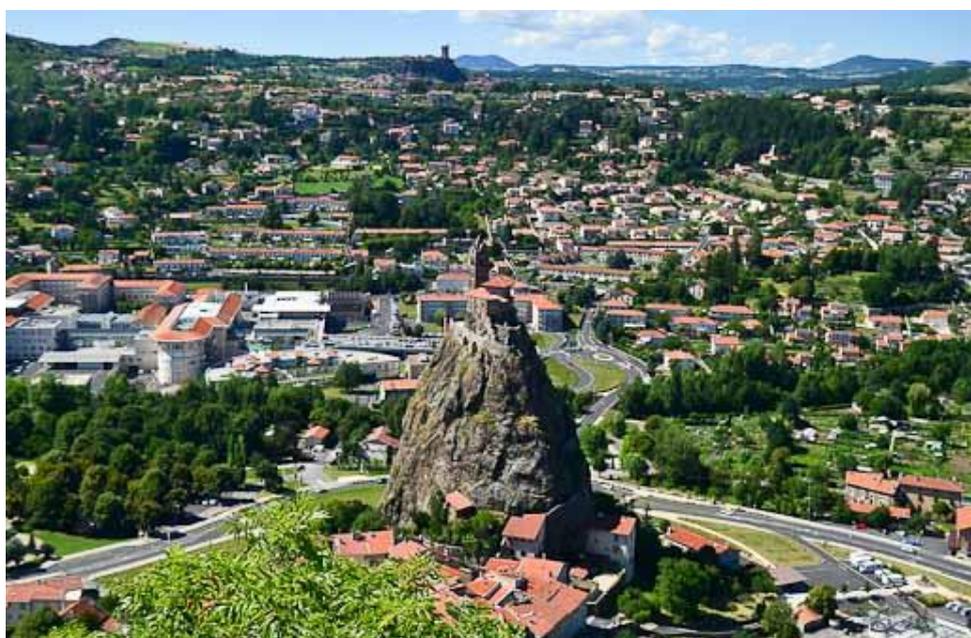
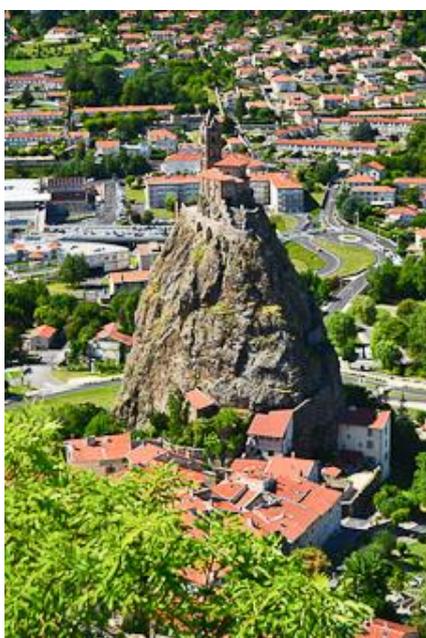




Al lado de la Catedral se alzaba la Roca Corneillem y sobre ésta el otro gran icono de la población, la estatua monumental de Notre Dame de France, monumento insólito encaramado a 130 metros de altura y visible desde cualquier calle que se tome. La colosal estatua roja fue erigida en 1860 y se hizo con la fundición de 213 cañones capturados en Sebastopol, durante la guerra de Crimea. Tiene 16 metros de altura y desde la plataforma se divisaba una espléndida panorámica. Bajo el fuerte y cálido sol destellaban los tejados rojos de las casas más bajas y donde las callejuelas estrechas componían un laberinto infinito. Enfrente se hallaba la Rocher D'Aiguilhe, destacando sobre la roca la arcaica iglesia de St-Michel.

Me dirigí a St-Michel D'Aiguilhe regresando a la catedral, donde la principal ocupación de los viajeros que confluían en este lugar parecía ser deambular con el mismo rumbo que señalaba el mapa entregado en la oficina de turismo. Dejando atrás la majestuosa fachada policromada, bajé por una larga escalera a través de pintorescas calles que salían de la ciudad baja. El lugar parecía más rural y tranquilo, calles silenciosas y sin comercios, casas bajas y alguna iglesia de poderío arcano. Todo cercano al área de autocaravanas.

Era una preciosa e insólita iglesia que se asienta, de forma precaria, a 85 metros de altura sobre la cima de otro puy. Una construcción del s.11 que parecía emerger de la propia roca. Era dura la ascensión, a través de 268 escalones muy verticales tallados en la misma roca, pero era inexcusable su visita.

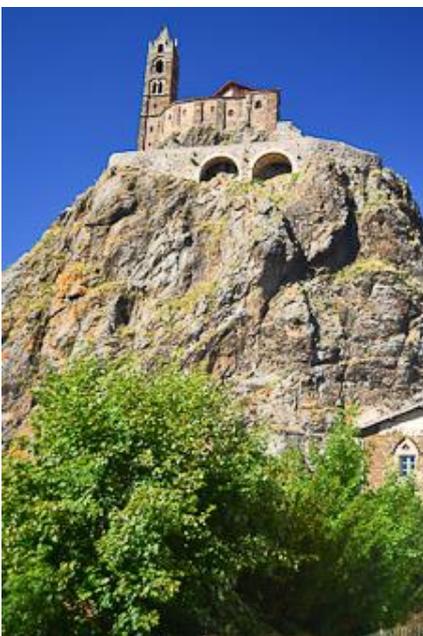




Allá arriba se encontraba un edificio pequeño y muy peculiar decorado con mosaicos, arabescos y arcos cuya extraña configuración se debe al poco terreno llano disponible. Tanto por el nombre como por su silueta, un dedo apuntando al cielo, recuerda al famoso Mont Saint Michel de la costa atlántica. Había seguido pistas extrañas y maravillosas por la ciudad encontrando líneas de hoy y nostalgia del pasado para llegar a este lugar, donde un poder arcano e indecible emanaba de sus piedras.

Poseía un camino de redonda, al borde del precipicio, que circunvalaba el edificio y que me permitía admirar otra vista de la ciudad. Contemplaba, abstraído por las imágenes y con una sonrisa de felicidad, el extraño emplazamiento del Puy en Velay desperdigado por la amplia cuenca montañosa y formando un revoltijo de tejados rojizos rematados por púas de rocas y sobre ellas la gran estatua de Notre Dame y la Catedral.

El resto del día lo pasé caminando por lugares, donde todo era amenidad y despreocupación, con la mirada siempre dirigida hacia el inextinguible centelleo de la ilusión. La vida en aquella ciudad era fácil y amena. Se ponía el sol en un horizonte sin nubes y sumido en mis pensamientos eché a andar por las callejuelas, mientras iba cayendo, la tarde al área de autocaravanas a cenar. A la noche las calles guardaban el calor del día y me senté a leer, mientras contemplaba la mágica imagen de St-Michel D'aiguihe con la roca iluminada por los reflectores de luz.



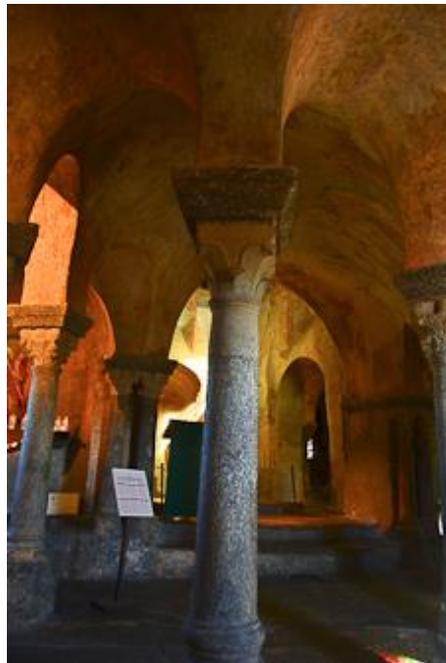




La ciudad santa medieval es, desde la alta edad media, el punto de partida de la famosa Vía Podiensis; uno de los caminos a Compostela. La Vía Podiensis cuenta con una tradición que se remonta hasta finales del primer milenio cuando Godescalc, obispo de Puy-en-Velay, realizó la primera peregrinación entre los años 950 y 951, y a su regreso dio autorización en el año 961 para construir uno de los iconos más reconocibles de esta localidad, la Iglesia de Saint Michel d'Aiguilhe.

Los peregrinos, procedentes del Este de Francia y de Alemania, se reunían en la catedral Notre-Dame para iniciar una travesía que se prolongaría 1.504 kilómetros para alcanzar Santiago de Compostela. Hoy ambas ciudades están hermanadas. La Vía Podiensis atraviesa uno de los paisajes más salvajes del macizo central, e interesantes poblaciones con magnificas obras religiosas, y se prolonga hasta cruzar los pirineos por Roncesvalles.





Les Chemins de Saint-Jacques de Compostelle
 La "Via Podiensis" entre Le Puy-en-Velay et Conques

des Arts de Saint-Jacques Association "Sur les p

 A detailed map showing the Via Podiensis route between Le Puy-en-Velay and Conques. The route is highlighted in yellow and passes through several towns including Le Puy, Le Buisson, Aumont-Audoubert, Peyreleuille, Auzanet, Le Chay d'Azay, Conques, and Espalion. The map also shows major roads, rivers, and geographical features. An inset map in the bottom right corner shows the location of the route within France.

Plaque posée à l'initiative de
 l'Association de Coopération Inter-Régionale "Les Chemins de Saint-Jacques de Compostelle"
 et de la Ville du Puy-en-Velay

Centre de Documentation et d'Information du PUY-EN-VELAY

POLIGNAC



Aquella mañana había comenzado el día muy temprano, con la impresionante Rocher Corneille resplandeciendo sobre un cielo azul pálido. Y mientras amanecía abandoné la ciudad de Velay en dirección, al encuentro de nuevo, de las Gorges d'Allier. La carretera se prolongaba a través de las colinas y amplias planicies. Era otro día de sol y a 5 km de Velay, el castillo de Polignac se levantaba bruscamente con su recortado perfil. El castillo se encontraba en lo alto de una colina plana, al resguardo de unas enormes paredes de basalto, y por encima de sus muros sobresalían algunas construcciones y pequeñas casas bajas se agachaban en torno al gigante.

El fuerte sol ribeteaba ese día una ciudadela vetusta, de poder y grandeza, como una escultura contra un cielo de color azul cada vez más oscuro y el pueblo, edificado a cien metros por debajo del castillo, estaba vivo y elegante. Dispuestas en un círculo alrededor de esta plataforma las casas del centro de la ciudad, con el uso del basalto, personificaban el estilo tradicional y les daba todo su encanto. Este hermoso sitio ofrecía unas vistas impresionantes de la cuenca del Puy y las montañas de Velay.





Fue a finales del siglo XI cuando los vizcondes de Armand tomaron el lugar y usurparon como título el nombre del pueblo, Polignac. Poco a poco la Fortaleza se levantará siendo la alegoría del poder de los Señores del Polignac durante 1000 años. El primer señor de Polignac participó en la primera cruzada a tierra Santa en 1098. Durante los s.12 y 13 los poderosos señores se levantaron contra el obispo de Puy. Los siguientes siglos aumentaron el poder de la familia y su reputación, en las guerras contra el inglés y las de religión.

El s.17 marca el abandono de la fortaleza, por la comodidad del palacio Lavoûte-sur-Loire. Los Polignacs se hicieron íntimos asiduos de la corte de Versalles y gozaron de los favores del Rey, siendo nombrados marques y ocuparon prestigiosos cargos. Con Luis XVI son nombrados Duques y Yolande de Polastron, primera duquesa de Polignac, se convierte en íntima amiga de María Antonieta. Durante la Revolución huyen y la fortaleza de Polignac fue confiscada. En 1830 los Polignac, ya siendo príncipes, recuperan la fortaleza iniciando trabajos de restauración que continuaron hasta 1920, año que marca la celebración de una unión principesca. El conde Pierre de Polignac se casó con Charlotte Grimaldi, única heredera de la familia real de Mónaco. El conde Pierre de Polignac se convierte en príncipe de Mónaco y de su unión nació el príncipe Rainiero, padre del príncipe Alberto, gobernante del principado de Mónaco.





SAINT VIDAL



La ruta, dirección a Brioude, bajaba por una carretera que descendía hasta el fondo del Vallée de la Borne en sinuosas curvas cerradas. Antes de iniciar el descenso estacioné para contemplar aquel valle y gozar de una vista despejada de una comarca con un relieve más sinuoso, menos agreste, que oscilaba entre landas, bosques y cultivos. Al fondo el sol ribeteaba ese día las montañas del Cantal y Sancy. Y ahí abajo tenía una magnífica vista de la imponente fortaleza de Saint Vidal.

El castillo de Saint Vidal, junto al de Polignac, fue igualmente testigo durante siglos de la historia de Francia. El Santo Vidal intervino en la primera cruzada y participó en la captura de Antioquia con el señor de Polignac. En el s.13 los señores de Polignac confiaron la fortaleza a Hugo de La Tour, adoptando el título de Barón de Saint Vidal. En el s.14 se ampliaron los feudos de su casa y en el s.16 se fortaleció aún más el edificio para transformarlo en una fortaleza equipada para la artillería, siendo inexpugnable en las guerras de religión a favor de la liga católica.





Después de la Revolución, caído en la desafección y mal mantenido, el castillo se salvó gracias a una generación de nuevos propietarios que desde 1930 que lo fueron restaurando. Lo han embellecido permitiendo el mantenimiento de Saint-Vidal y convirtiéndolo en una de las fortalezas mejor conservadas de la región. Después de años de cierre al público, la fortaleza reabrió sus puertas en 2018; dos años después de mi paso por estas tierras.

El castillo conserva su origen feudal, bodegas abovedadas, cocina con enormes chimeneas, patio interior, portal tallado, sala ceremonial, habitación gótica, ventanas renacentistas, puertas de piedra talladas y ojivas abovedadas que bordean el patio interior como elementos decorativos. Pero también elementos defensivos como las salas de artillería y las cañoneras.

El pueblo, restaurado junto al castillo, conservaba un discreto encanto rustico con sus solidas casas de piedra, elementos defensivos, la monolítica iglesia y bellos jardines.



LANGÉAC



La pequeña villa de Langeac emergía bien situada vigilando las principales rutas de la región, a la salida de las gargantas de L'Allier. Después de un amplio desvío por la meseta de la Loire había regresado a este precioso río, muy cerca de St-Arcons- d'Allier y lugar donde he comenzado el relato por las gargantas. Esta parte del Allier es más abierta y con amplios prados a ambos lados del río por los que suben altas colinas, extensos bosques y una serie de encantadores pueblos. Lugares que vería a continuación. Todo esto le ha valido a esta zona del Haute Loire ser denominada "Pays d'Art et d'histoire".

Era un día soleado y seco y la ciudad estaba agitada, venían los habitantes de los alrededores a comprar los productos del país. Era el día de mercado. Estacioné en el muelle Voltaire, un bullicioso lugar de vehículos y puestos comerciales. En este lugar, antiguamente las inundaciones del Allier devastaban los barrios bajos de Langeac y el puente colgante que cruzaba el río. El muelle fue construido en el s.19 para combatir las crecidas y el puente colgante fue reemplazado por el puente Alexandre. Mis primeros pasos me condujeron a este puente de dos arcos.





El caudal del Allier era insólitamente tranquilo, las canoas iban plácidamente desplegándose en el río con un ligero rumor de palas golpeando en el agua. Las arboledas y los setos se alineaban en las orillas, donde las matas de las florestas caían para arrastrarse sobre la superficie, y la ciudad asomaba en el muelle con sus fachadas ocre y el campanario poligonal de la colegiata de Saint Gal. Reinaba en la carretera una bulliciosa excitación, una concurrida cháchara, y el regocijo de comerciantes o clientes dominaban el ambiente.

El pueblo estuvo rodeado por un recinto fortificado, con cinco puertas y torres defensivas. La puerta Bertrande era la única puerta que queda del recinto y al atravesarla llegué a la Rue de la Boucherie. Allí cercado por casas, de entramado o piedra y estrechos callejones, los nombres de las calles eran un recordatorio de los oficios medievales que habían llevado prosperidad a la ciudad en el pasado. La Rue de la Boucherie, como su nombre indica, fue ocupada por los comerciantes de alimentos.

Se sucedían una maraña de muchas calles intrincadas y escabrosas, con estrechas casas antiguas y desconchadas bajo el sol ardiente, pero todo el pueblo parecía tener una reserva de fuerzas en sus calles bellamente envejecidas.







La plaza de la Liberté era el corazón de la ciudad y un estallido de color con su actividad comercial y, absorto por aquel fabuloso ambiente natural, sentía que podía oler el aire cargado de exóticos asados de carnes y especias. La escena habría podido ser la misma, centenas de años antes, cuando Langeac era el centro de la actividad productiva de la región.

Langeac, situado a medio camino entre Le Puy-en-Velay y Saint-Flour, se convirtió en un punto de cruce comercial con la construcción de un primer puente sobre el Allier. Comerciantes y artesanos se organizaron en corporaciones, se enriquecieron y formaron una importante burguesía que gestionó la ciudad; también el clero progresó con la construcción de monasterios, abadías y hospitales. La ciudad se rodeó de un recinto fortificado.

Los siglos 16 y 17 fueron la época dorada de la ciudad. Después de las guerras napoleónicas, la artesanía y los negocios florecieron. También con la explotación de la madera, canteras, minas de carbón y diferentes minerales. El transporte se resolvió con la llegada del ferrocarril en 1860 y una reciente industrialización para el mantenimiento de vías y reparación de locomotoras.





El ferrocarril abrió la ciudad de Langeac y le permitió entrar en la era industrial con una epopeya ferroviaria, y la puesta en marcha de la línea Cévennes en 1875, atrajo a una gran fuerza de trabajo que estimuló la explotación de las canteras. El declive de la actividad ferroviaria comenzó en 1962 y cerró en 1970.

Desde 1999 el Tren Turístico, "Gorgues d'Allier", ha hecho posible descubrir la línea Cévennes, cuyo recorrido sigue el atormentado terreno del Desfiladero de Allier y sus 53 túneles, como he comentado al inicio de la ruta de las gargantas. Si se desea hacer este tramo de ferrocarril, o recorrer el Allier en bicicleta o canoa, había una plaza tranquila con pernocta permitida en 45.09742-00.349713.

El último señor de Langeac fue el marqués de Lafayette, nacido en el cercano castillo de Chavaniac, y apodado "el héroe de los dos mundos" por su amistad con George Washington y su apoyo en la guerra de independencia de las colonias americanas. En su defensa de la libertad de los individuos y pueblos apoyó la revolución francesa y redactó la declaración de Derechos Humanos y ciudadanos; declaración que fue adoptada en 1789 a través de la constitución de la quinta república francesa. En el periodo revolucionario secundó la creación de una monarquía parlamentaria y tuvo que exiliarse al mandar abrir fuego contra la población en el campo de Marte de París.





CHILHAC



Era 1 de agosto, las 14 horas, el sol estaba alto y los rayos caían en vertical sobre los campos y la carretera seguía el curso del Allier recorriendo una zona boscosa de un verde veraniego. Estaba desierta, ahí no había nadie, y Chilhac era una silueta bajo el fuerte sol del mediodía. Todo el pueblo quedaba resguardado por un acantilado de 70 m, una muralla rocosa de basalto similar a órganos, que confería al conjunto un aire de fortaleza con vistas al río Allier.

Salvaba el río un puente colgante, con una longitud de 53 metros, puesto en circulación en 1883 para conectar Chilhac con Langeac y atravesando a pie la pasarela, la vista del valle del Allier y la ciudad era preciosa. El agua parecía poco profunda y verdosa con un follaje espeso y selvático que impedía la visión más allá. Subí la colina, en pendiente suave, por una calle en curva donde había casas tradicionales construidas en piedra de basalto que dotaban de encanto al pueblo. Poseía un caos de formas curiosas con bloques de basalto gigantescos en forma de órgano, y a pesar de que la propia naturaleza había creado esa instalación, esa obra importante parecía también obra de un arquitecto o un artista temerario.







Las casas aparecían distribuidas a diferente nivel siguiendo la forma de la plataforma y las estrechas calles, que conservaban los aromas de las vides que crecían desde el suelo a las fachadas, eran un recordatorio de un pasado vinculado a la actividad vitícola de Chiljac.

Había mucho que mirar. En verdad el espectáculo era formidable y al llegar a la última pendiente, salí al centro de la población y me interné en las estrechas callejuelas zigzagueantes de la ciudad, donde reinaba el silencio y todo estaba en calma. Paseando en lo alto del pueblo podía disfrutar de impresionantes vistas que se extendían por todo el valle del Allier y sus alrededores. Recuerdo haberme detenido en la plaza de la iglesia para contemplar las casas y sus jardines que llevan al acantilado de basalto y así mismo recuerdo haber pensado lo hermoso que era aquello.

Con su cabecera, construida justo sobre el acantilado, la Iglesia de San Honorat se distingue por la originalidad de su ubicación. El edificio fue originalmente románico, siendo rediseñado en los siglos XIV y XV. Su alto campanario cuadrado estaba asociado con el sistema de defensa que vigilaba el valle y permanecía a la vista de los campanarios de las poblaciones vecinas como Lavoûte-Chiljac, que sería mi siguiente etapa.







Chilhac estuvo centrado en la agricultura, que con la ganadería y las vides, representaban un importante parte de la economía, habiendo muchos rastros de él en el paisaje así como en la arquitectura. Las terrazas, apoyadas por paredes de piedra seca, marcaban las laderas circundantes en las que algunas plantas de vid se habían convertido en silvestres y las pocas pequeñas parcelas, todavía cultivadas, dan algunos racimos. Las casas vitivinícolas, en el corazón del pueblo, eran reconocidas por su escalera exterior que permitía el acceso a la zona residencial situada por encima de la bodega.

Con un origen probablemente anterior al siglo XII, el castillo de Chilhac es el elemento fundador del pueblo. Ocupa un punto estratégico en el extremo suroeste del espolón basáltico, donde todavía marcha un muro perimetral de baja altura, y aunque casi nada permanece hoy en día su enorme puerta todavía es claramente visible. El castillo fue abandonado por sus dueños a mediados del siglo XVI y en el siglo XIX se llevó a cabo un rediseño, con la reconstrucción de la fachada sur y la construcción de una escuela y residencias.



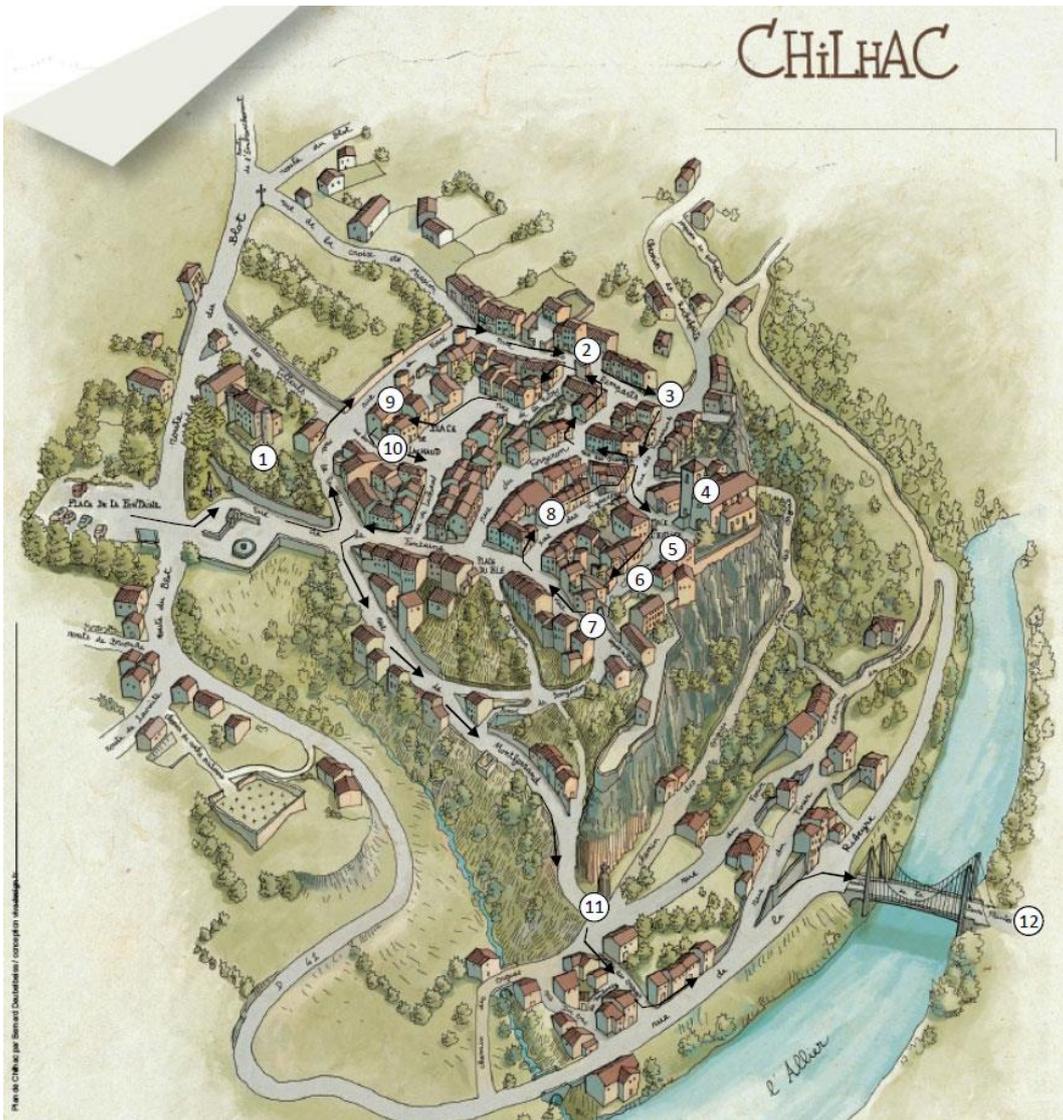


Imagen del plano de Chilhac perteneciente a la oficina de turismo.